

gemas y las púrpuras centelleaban entre la negrura de los cabellos y los revuelos cándidos y azules de los almaizales flotantes.

Un perfume de amor y de voluptuosidad impregnaba la humedad casi humana de la noche, llena de almizcle, sándalo y olor a carnes morenas.

Los mastines vigilaban cerca de los fosos; algunas vacas mujían, y a veces, en el aire, como el augurio de un peligro lejano, llegaban los ásperos aullidos de las hienas y de los chacales, cuyas sombras, rastreras y agazapadas, proyectaba la fantasmagoría de la luna en la claridad alucinante de los arenales estériles.



V

DE súbito, saltando fosos y empalizadas, en una carrera desenfrenada y alucinante, como corza perseguida por una manada de leones apareció un corcel.

Pasó como un meteoro por las primeras tiendas, atropellando a los grupos que danzaban a la luz de la luna.

El jinete venía tendido sobre el cuello, con las bridas sueltas y los acicates hundidos en los ijares. Alzó la cabeza para orientarse, y al ver la tienda de Almanzur que se destacaba entre todas por la esbeltez y elegancia de su cúpula rematada en una media luna de plata, hizo un esfuerzo supremo y desesperado, y reteniendo con ambas manos el rendaje, paró en seco el corcel.

El noble animal no pudo más, y jadeante y convulsivo, con los ijares abiertos, las narices dilatadas y bañado de sudor y de espuma, cayó desplomado.

El jinete, recogiendo las piernas, en un salto ágil, evitó la caída.

Se inclinó sobre su yegua, y al verla muerta, sus ojos se inundaron de lágrimas, y abrazándose a su cuello, ajeno a todo, le prodigó las más tiernas frases.

— Alma mía, luz de mis ojos...

¿Por qué me entregas sólo a mi enemigo?

Tú que tienes el brillo deslumbrante del pavo real, el alma noble de la paloma, la fiereza y la prontitud del halcón que se abate sobre su presa, la carrera del avestruz, el vigor del león y la astucia del zorro. Tú, que brillabas como el espejismo en el desierto y volabas en las alas del viento y serpenteabas como el relámpago y te precipitabas al combate con la impetuosidad del torrente que la lluvia desborda... ¡Duerme en paz; y que tus huesos no sean pasto de los chacales!

De pronto, viendo la gente, que muda y conmovida presenciaba la escena, una idea terrible volvió a apoderarse de él, y desviando los brazos del cuello de su yegua, se precipitó en la tienda de Schaij.

Ante la venerable silueta de Almanzur, cayó de rodillas, inclinándose varias veces hasta besar el suelo en señal de sumisión.

Traía las vestiduras rotas y sangrientas, las barbas revueltas y el turbante y el alquicel hechos girones.

— La misericordia de Dios caiga sobre tí y sobre toda tu descendencia — exclamó con la voz conmovida. — Llego a tu tribu perseguido de cerca por mis enemigos y abandonado cobardemente por mis gentes, y en el nombre de Dios te pido amparo y hospitalidad bajo el sagrado de tu tienda.

Almanzur tendió los brazos al recién llegado, y alzándole del suelo, le hizo sentar en sus propios almohadones.

Después con voz grave y unciosa murmuró:

— Alabado sea Dios, que te envía a mi tribu. Sea quien seas, en mi casa estás y en ella sabré defenderte contra todos tus enemigos.

Al huesped le envía Dios, y por nada del mundo faltaría a la hospitalidad que se te debe. Tu eres el amo de esta tienda.

— Esclavos — añadió, volviéndose a los suyos —, preparad un festín digno de un príncipe. Degollad la vaca mejor de mi rebaño; preparad las más sabrosas confituras. Esclavas, mullid el más blando lecho, cubridlo con las más valiosas telas; sacad los más bellos vestidos, y ungir y perfumad las barbas y los pies de mi huesped con los perfumes más costosos.

Todos se dispusieron a cumplimentar las órdenes del Schaij.

El recién llegado, algo más sereno, continuó:

33966

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

—Me llamo Abul Mohadí. Pertenezco a la tribu de los Corahichitas y vivo en un valle fértil, en las estribaciones del monte Sohél, entre Medina y la Meca. Venía al frente de una rica caravana. Unos bandidos me asaltaron de improviso. Mi gente se desbandó al primer encuentro, y yo después de haber hecho rodar por tierra al que parecía el jefe de los bandoleros, viéndome solo, hundí las espuelas en los ijares de mi yegua, y el noble animal salió disparado como la flecha del arco —, y al recuerdo de su yegua, su voz se hizo trémula y dolorida.

Pronto dejamos atrás — continuó con acento más firme después de una breve pausa — las arboledas del oasis y cruzamos el desierto en una carrera desesperada, espantando a los chacales que devoraban los restos de alguna caravana sorprendida por el simún.

Y siempre que refrenaba mi noble animal para darle algún descanso y orientarme en la huida escuchaba a lo lejos el galope frenético de mis perseguidores, cuyos gritos llenaban de angustia y de maldiciones la noche.

Y así corrimos una hora y dos, cuatro, hasta salir de aquel mar de arenas en un torbellino polvoriento.

Me encontré en las estribaciones de un monte... Oía más de cerca el galope de mis enemigos.

Llegó un momento en que percibí claramente el relinchar de sus corceles y hasta me pareció distinguir sus sombras en los arenales.

Mi pobre yegua resoplaba, jadeante, bañada de sudor; sus flancos temblaban cubiertos de sangre y su pretal estaba blanco de espuma.

Había que hacer un esfuerzo inaudito e internarse en los matorrales del monte.

Un momento más de vacilación sería mi muerte.

Mi cabeza sería cortada y clavada en alguna pica como trofeo.

Me interné en la montaña cuando ya percibía a algunos de mis perseguidores que, tendidos sobre sus corceles, blandían amenazantes sus largas lanzas.

Tuve una idea salvadora. Dios habló a mi corazón. Descabalgué, y conduciendo por las bridas a mi yegua, me interné en aquel espeso laberinto de palmeras.

Me hallé de repente en el fondo de un barranco, y dejando oculta la yegua en una caverna, después de orientarme, me desvié de mi camino y por el lado opuesto fuí dejando jirones de mis vestiduras entre las ramas de arác y los cactus que conducen a la primera eminencia del monte.

Después regresé a mi escondite.

A través del ramaje distinguí, al poco, el ir y venir de mis perseguidores.

Oí claramente sus voces que, roncas de cólera bramaban:

—Debió tomar el camino de la cumbre. Volvamos bridas y salgamos a su encuentro detrás de los desfiladeros.

Yo, trémulo de rabia, embrazado el escudo y la espada en alto, me disponía a vender cara la vida.

Por fin — uno exclamó, con ese grito de alegría con que los cazadores descubren entre los juncas húmedos por el rocío, las huellas del antílope:

—Mirad, mirad, los jirones de sus vestidos entre los cactus. Debió tomar hacia la cumbre... Sigamos sus rastros.

Y todos partieron tras él...

Abandoné mi escondrijo; salí al llano y aquí me tienes buen Schaij... Mi vida es tuya.

Mis perseguidores no tardarán en darse cuenta de mi burla y vendrán a buscarme. Unos pastores me han visto atravesar la llanura y descabalar en esta tienda.

—Tranquilízate. Todo el desierto conoce y respeta el nombre de Almanzur.

En mi casa nadie osará tocar a un solo pelo de tu barba.

—Voy a dar las órdenes oportunas — añadió el Schaij, y seguido de sus siervos salió de la tienda.

Reinó el silencio.

Abul Mohadi permaneció inmóvil, agobiado de fatiga.

Aischa le contemplaba a través de su velo, con sus grandes ojos nocturnos.

Sin saber por qué, el rostro fino y atezado del guerrero se iba grabando en su imaginación con caracteres imborrables.

Sería capaz de reconocerlo siempre, entre cien mil, en la algazara de una feria o entre el estruendo de un combate.



VI

UN ruidoso galopar de corceles, gritos de angustia, ayes de desesperación, turbaron la solemnidad del silencio.

El Muhadi se agitó convulso, e instintivamente llevó la mano a la empuñadura de su alfanje.

Se oyó la voz desoladora de Almanzur que exclamaba:

— ¡Pobre hijo mío! ¡Oh, mi Muamed, encanto de mis ojos, apoyo de mi vejez! El Señor castigue a su matador, poniéndole al alcance de mi brazo...

Aischa, como poseida de un vértigo, salió de su asiento y se dirigió a la puerta de la tienda.

En el umbral se arremolinaba la gente.

Se oían relinchos de corceles, chocar de armas, gritos de venganza y lloros de mujeres. Una desolación inmensa parecía cubrir con sus alas negras a toda la tribu.

Dos guerreros sostenían el cuerpo ensangrentado de Muamed el Assadi.

La cabeza pendía lívida, en un gesto altivo de fiereza y de reto.

Almanzur, a su lado, mesábase sus largas barbas patriarcales.

Las mujeres desgarraban las vestiduras en señal de duelo, y los hombres extendían los puños crispados y amenazantes.

Un esclavo retenía del rendal la yegua favorita de Muhamed.

El noble animal, estirando el cuello, con las orejas rectas, como avizorando algún peligro, escarbaba el suelo con sus finos cascos.

Introdujeron el cadáver en la tienda, depositándole sobre un rico tapiz. Aischa se abrazó sollozando, al cuerpo de su amado.

El Muhadi saltó de su asiento, y ocultándose en un ángulo de la tienda, con el alfanje en la diestra, se dispuso a morir matando.

Tal un león herido acorralado por la jauría, en el interior de una caverna.

Algunos guerreros le reconocieron, gritando a Almanzur:

— Mira al matador de tu hijo. Entréganoslo y cumpliremos tu venganza.

E intentaron precipitarse sobre el Muhadi.

Almanzur se interpuso, solemne, rígido, con los brazos levantados al cielo, como pidiendo misericordia.

Por su faz austera cruzó un relámpago de cólera, de odio, pero momentáneamente se serenó, volviendo a adquirir su actitud imperturbable de estatua de piedra.

— Almanzur, entréganoslo, para vengar con su sangre, la sangre de tu hijo! — exclamaron los guerreros, con los alfanjes desnudos y los ojos fosforescentes de odio.

Aischa como ajena a todo, continuaba abrazada al cadáver, sollozando, besándole, llamándole con los más dulces nombres.

Almanzur opuso su cuerpo a las espadas de los guerreros, y con voz serena, murmuró lentamente:

— Perezca yo y todos los míos, antes de ser traidor a la hospitalidad que Dios nos impuso. Noblemente, cara a cara, dió muerte a mi hijo. Pues aunque hubiese sido a traición, aquí le defendería contra todos.

El huesped nos lo envía Dios, y sólo a Dios debemos entregarlo.

No me pidáis que manche con una iniquidad la gloriosa y pura tradición de nuestra raza. Enterremos piadosamente al muerto y en cuanto al huesped, él es el dueño de mi casa. Si quiere partir, yo mismo le daré escolta hasta dejarlo en lugar seguro.

El Muhadi interrumpió, conmovido, abrazándose a sus rodillas:

— Noble anciano, mi vida es tuya. ^{ente}

ra la daría por haber ahorrado a tu alma el dolor que sin querer te he causado.

— Parte cuando quieras, huesped mío, y que la bendición de Dios caiga sobre nuestras cabezas. ¡Que le enjaecen mi mejor corcel, que le ciñan mis más templadas armas!

Yo mismo, al frente de vosotros, ¡oh, mis nobles guerreros!, quiero servirle de escolta.

Todos inclinaron, emocionados, las cabezas, mudos de admiración y de respeto.

Sólo se oía la voz de Aischa, que, abrazada aún al cadáver, sollozaba:

— Mi alma, mi vida; yo sabré vengar tu muerte!



VII

AISCHA dispuso los funerales de su es-
poso.

Ungió y cubrió el cadáver con los más costosos perfumes y las sedas más ricas, y lo mandó sepultar a la sombra de un tamarindo, de frente a la Meca. Junto a la piedra de la tumba, siguiendo la bárbara y fanática costumbre de las tribus árabes del desierto, ataron al camello favorito para que se muriese de hambre y pudiese acompañar al alma de su dueño en la otra vida.

Aischa parecía un espectro. Una inquietud terrible agitaba sus músculos. Sus ojos, agotada la amargura del llanto, adquirieron esa frialdad profunda y alucinante que arranca la luna a las pupilas fosforescentes de los chacales.

La caravana que había de conducir hasta un lugar seguro a Abul Mhohadi se iba a poner en marcha, silenciosa y tétrica como un entierro.

Las mujeres sollozaban por la muerte del joven héroe de corazón de león.

Los ancianos bendecían la misericordia del Señor por haberles deparado un Schaij de la fortaleza de ánimo del noble Almanzur, capaz de sacrificar los más íntimos y santos sentimientos a la hospitalidad legendaria de su raza.

El viejo guerrero lo disponía todo, inmovible al dolor de sus entrañas desgarradas.

Los siervos ensillaban, silenciosos bajo los toldos de las puertas, los corceles y los camellos.

Abul Muhadi permanecía inmóvil, replegado en sí mismo, ante la hostilidad ambiente, sin atreverse a mirar al anciano que había salvado su vida.

Reclinado en la penumbra de la estancia se sumergía en el mar de sus tristes pensamientos, cuando se le acercó una sombra blanca como un rayo de luna, y cogiéndole fuertemente por el brazo, le dijo con voz sorda, rechinando los dientes de ira, mientras la mano libre alzaba el velo dejando ver la hermosura deslumbrante y grave del rostro de Aischa:

—Abul Muhadi, contempla este rostro. ¿No te dice nada?

—Sí; que nada existe más bello sobre la tierra y que, a pesar de todo, bendigo al Señor que me ha concedido la gloria de contemplarte.

— ¡No blasfemes, sacrílego! En estos ojos

se miraba Muhamed el Assadi, como en un espejo. Desde que tu brazo maldito le arrebató la vida, no ven sino tristezas y desesperaciones. Fíjate bien en ellos. Sólo los volverás a ver en la hora de tu muerte. ¡Ellos serán los dos arcángeles negros que arrancarán el alma de tu cuerpo!

Y rápida como una sombra huyó Aischa a perderse entre los tapices de los muros, dejándole al pobre Abul Muhadi la sensación fugitiva de una de esas visiones que sólo se entrevén en las fantasmagorías de un sueño.

— En marcha — ordenó lenta y severamente Almanzur.

Abul Muhadi saltó agilmente sobre una preciosa yegua baya, enjaezada como la de un príncipe, y al lado del noble Schaij que, altivo y majestuoso, hacía caracolear su ovorro, recordando tal vez tiempos gloriosos de amor y de guerra, se puso en marcha.

Doscientos jinetes armados le daban escolta. Entre nubes de polvo se perdieron en los inmensos arenales donde sangraban aún las últimas heridas de la tarde.

Aischa permaneció casi toda la noche orando sobre tumba de Mohamed, blanca e inmóvil, bajo las estrellas, sin temor a los chacaes y a las hienas que olfateando la carne muerta, aullaban en las cercanías. De repente, presa de una impetuosa resolución, se alzó de la pie-

dra tumular y seguida de sus esclavas, se encaminó rápidamente hacia su tienda.

Ella no podía quebrantar las leyes de la hospitalidad, tan gratas al Señor y al Profeta pero podía vengarse de aquel que le había arrebatado su dicha.

Ojo por ojo, diente por diente.

Recordó su infancia borrascosa.

Hija de un hermano de Almanzur, perseguido por la desgracia y el rencor de sus enemigos, había caminado errante durante sus primeros años, de ciudad en ciudad, de desierto en desierto, durmiendo bajo las estrellas y disputando a veces sus cubiles a las fieras del monte.

En aquella existencia aventurera y peligrosa sus manos aprendieron a manejar el arco y la lanza, sus rodillas a domeñar los potros más cerriles.

Muchas veces, mientras su padre descansaba de las fatigas diarias, ella salía en unión de algunas siervas a cazar gacelas.

¡Oh, cómo recordaba ahora, en su dolor profundo, aquellas carreras desenfrenadas, y cómo revivían en su memoria los detalles más nimios de la caza!

Una gacela ha visto caer a su lado, atravesado por la flecha, a su macho, defensa y guía del rebaño. Los pequeñuelos quedaron también allá abajo, en las llanuras pantano-

sas... y ella recorre sin descanso las colinas áridas, las llanuras desoladas. La arena movidiza huye bajo sus plantas.

Durante la noche se ha encogido, temerosa, entre las ramas espinosas del arac.

Cuando se agitaba en la obscuridad, la blancura de su pelo relucía en medio de las tinieblas como la perla al mecerse en la seda en que está engarzada.

Mas apenas distingue los primeros rayos de la aurora, emprende de nuevo su carrera. Sus pies resbalan sobre la tierra cubierta de rocío.

Llena de inquietud y de pesar, vuelve de nuevo a los pantanos de Soaid, y en torno de ellos bala llamando a sus hijos perdidos.

Un terror súbito se apodera de ella. Acaba de oír la voz de los cazadores, y su presencia en aquellos parajes le anuncia el peligro.

Emprende de nuevo la fuga, y, desesperanzados los cazadores de alcanzarla con las flechas, le lanzan sus perros que dóciles a las voces de sus dueños, corren en su persecución y la asedian.

Acometida de cerca, les presenta sus cuernos puntiagudos, semejantes a aceradas lanzas, comprendiendo que sólo una intrépida defensa puede librarla de una muerte segura.

Ataca a Korab, y el noble animal cae bañado en sangre. Se revuelve contra Sahun, y

le abre el vientre. Los demás perros ladran espantados, pero no retroceden...

Entonces era la ocasión... Y Aischa avanzaba tendido el arco, tenso el brazo y el ojo fijo... Y la flecha partía sibilante a clavarse en el pecho de la gacela que, dando un tremendo salto, se desplomaba sin vida, abiertos de espanto sus ojos, casi humanos, en una húmeda mirada de agonía.

Su brazo también se había ejercitado en la guerra.

¡Cuántos beduinos habían mordido el polvo del desierto bajo el empuje de su lanzal...

Y así fué su vida hasta que sus ojos se encontraron con los de Muhamed, cerca de una cisterna, mientras a la sombra de las palmeras seesteaban arrodillados los camellos.

Muhamed por encargo de su padre, había ido a buscarlos al oasis de Darmaida, para ofrecerles en su tribu amparo y tranquilidad. Se detuvieron en el oasis algunos días, y juntos emprendieron el camino hacia el aduar de los Beni-Musas. Ella galopaba al lado de su primo, silenciosa y pálida.

Sus labios no se atrevían a respirar y hasta sus ojos, fieros y grandes, que contemplaron tantas veces impávidos la sombra de la muerte se cerraban temerosos de las voraces miradas del Assadi.

Pero el dolor rondaba sus pasos, y el des-

tino menos piadoso con su padre que con el patriarca Abrahan, no le dejaría contemplar, antes de morir, su tierra de promisión.

Atravesaban el desierto.

De súbito, el cielo tiñóse de púrpura llameante y un asolador viento del Este empezó a encrespar las olas de aquél océano de arenas. Las caballerías se encabritaron, e indóciles a las riendas, se tendieron en el suelo, hundiéndose sus hocicos en las arenas.

— ¡El simún!, ¡el simún! — gritaban espantados los beduinos, descabalgando ágilmente y tendiéndose también en las arenas.

El calor era asfixiante, y a lo lejos se veía una montaña de arena y polvo ardiente que velaba el sol y amenazaba desplomarse sobre ellos. Aischa se sentía arder toda como envuelta por las súbitas llamaradas de un horno.

Muhamed la arrebató por la cintura y la obligó a tenderse a su lado, sepultando su rostro en las arenas.

Y no recordaba más.

Al despertar de aquella asfixia se alzó del polvo como de una tumba, y sus ojos y todos sus miembros se quedaron petrificados de espanto.

A su lado yacían los cadáveres de su padre y de algunos guerreros que no habían tenido tiempo de ponerse en salvo.

Los cuerpos, emponzoñados por el simún, aparecían monstruosamente hinchados.

Los miembros, tumefactos, se desprendían por sí solos en mutilaciones espantosas.

Se detuvieron unos instantes para dar sepultura a aquellos restos queridos. Desde entonces su suerte estuvo ligada siempre a la de su primo el Assadi.

Llegaron a la tribu de los Beni-Musas, y a la luna siguiente celebraron sus esponsales. Todos estos recuerdos pasaban por la imaginación calenturienta de Aischa, mientras se dirigía a la tienda que había sido testigo de su felicidad.

Una vez en ella, congregó a sus viejos servidores, y les dijo:

— Ya sabéis la muerte de mi primo Muhamed y el sacrificio sobrehumano de mi tío para dejar con vida a su asesino.

Conocéis también la fortaleza de mi brazo, capaz de un sólo bote de lanza, de derribar de su arzón al más valeroso de los campeones.

Su sangre clama venganza.

Yo lo he jurado sobre la piedra que cubre los restos de mi esposo.

¿Estáis dispuestos a seguirme y ayudarme en esta empresa?

Todos asintieron agitando los brazos.

— Pues bien — continuó Aischa —, ensillar los corceles. Esta noche partimos antes que

regrese mi tío y pueda oponerse a mis intentos. Ceñiré las armas de mi esposo y montaré su yegua favorita. Nadie, desde hoy, me llamará por mi nombre, sino por el de Muhamed el Assadi, en recuerdo del muerto. No en vano en mi niñez, mi padre cuya memoria todos respetáis, me dió a comer el corazón de un león cazado una noche con una trampa en las empalizadas de nuestras tiendas.

La luz de la luna arrancaba irradiaciones de mármol a su blanca vestidura, constelando la noche de sus cabellos profundos de estrellas de oro.



VIII

AISCHA a lfrente de los suyos, anduvo errante varios meses, acariciando su venganza y ejercitando su valor en encuentros parciales.

Su impetuosidad y destreza en los combates recordaba a sus viejos servidores a Kula, la célebre hermana del famoso héroe Dherrar, aquel valeroso campeón, terror de los cristianos, en las primeras campañas de Islam.

En el sitio de Damasco inmortalizó su nombre.

Acometido una vez por treinta jinetes cristianos, fingió emprender la fuga para separarlos. Mas tan pronto como hubo logrado su intento, volvió bridas contra ellos, y antes de que pudieran reunirse, puso fuera de combate a diez y siete y persiguió a los restantes.

Hecho prisionero en una emboscada, le llevaron, cargado de cadenas, a Antioquía, y fué presentado así al hijo de Constantino, em-

perador de los cristianos, el cual ordenó que se prosternase a su presencia. Negóse Dherrar, y esta desobediencia le valió catorce sablazos.

Le encerraron después en una prisión; mas con la ayuda de un renegado, pudo evadirse de ella, y tras gloriosas y heroicas aventuras llegó de nuevo al campamento, donde su hermana la bella Kula, le lloraba amargamente, creyéndole muerto.

Al día siguiente dióse otra batalla en la que hizo prodigios de valor, llegando a ser el terror de los griegos. De un solo sablazo inutilizaba a un enemigo, repitiendo a cada golpe.

— ¡Venganza de Dherrar!

El solo dispersaba a los escuadrones enemigos, no atreviéndose a seguirle más que otro guerrero, tan heroico como él, que, con sus golpes hacía volar en pedazos las armaduras de los contrarios, gritando también:

— ¡Venganza de Dherrar!

Dherrar lleno de admiración y de curiosidad, y deseoso de conocer al guerrero que tan valerosamente le ayudaba a vengarse de los cristianos corrió a su lado, y se quedó mudo de sorpresa viendo que tan soberbio adalid era su propia hermana, la bella Kula.

Aischa renovaríá las heroicas hazañas de la hermana de Dherrar, y al traspasar con su lanza el corazón de Abul Muhadi, exclamaría también, en un alegre grito de victoria:

— ¡Venganza de Muhamed el Assadi!

Atravesaron desiertos estériles, oasis floridos, montañas abruptas, y, al amanecer de un bello día de primavera, descabalaron en un aduar de la tribu de su enemigo.

Por unos pastores supo Aischa que Abul Muhadi acababa de salir, en peregrinación, hacia la Meca, después de inmolar los novillos más gordos de su rebaño para dar gracias al Señor por haberle sacado con vida en un encuentro que tuvo con los beduinos del desierto.

Aischa congregó a sus fieles, y todos acordaron emprender también la peregrinación a la Ciudad Santa para encontrar al matador de Muhamed el Assadi y vengarse de él.

Durante la peregrinación nada podían intentar. La visita a la casa de Dios es santa y desdichado quien manche sus manos en sangre. Será enterrado en un lugar inmundo y jamás se abrirán a su paso las puertas de oro y diamantes del Paraíso.

Pero podrían seguir al Muhadi, y atacarle a la vuelta, cerca de su propia tribu. Quemar después sus aduares y sus rebaños, esclavizar a sus mujeres, y llevar, canforada, su cabeza al viejo Almanzur, para que antes de morir, sus labios pudiesen sonreír de nuevo al vengador de su hijo.

Emprendieron el camino de la Meca, la

Ciudad Santa, en el Hedchar, la región más fértil y bella de la Arabia.

Todas las sendas estaban llenas de peregrinos, que acampaban fraternalmente a orillas de las fuentes, en los valles frondosos y pródigos.

Los jaiques listados de los hijos del desierto se mezclaban con los blancos zulhas de los nobles de las ciudades populosas, de Bagdad, de Damasco, de Petra, de Danar la de la célebre Universidad, de Dorán, famosa por la elegancia de sus mezquitas, y de Madchid, la de los más fragantes jazmines, la predilecta de Alí, el hijo del Profeta.

Egipcios de esbeltos miembros de bronce; africanos negros como el basalto de sus montañas; espléndidos señores del Hadramut, de gigantescos turbantes constelados de piedras preciosas; habitantes de Cairuam y de los países del Mogreb, rudos y fuertes, y hasta poetas y guerreros de la lejana España, célebres por su lujo, su magnificencia y sobre todo por su locuacidad. Todos los pueblos de Islam se congregaban en aquella peregrinación anual a la Ciudad Santa. Los caminos floridos se poblaban de canciones, de tañidos de guzlas, de cantos épicos y de salmodias religiosas.

Mendigos y señores compartían sus alimentos y su fervor.

Desde la cumbre de una umbrosa colina

contemplaron un atardecer, entre jardines fabulosos, la Ciudad Santa.

Todos los peregrinos se prosternaron, besando el suelo religiosamente:

— ¡Bendita sea la Ciudad del Profeta! ¡Alabado sea el Señor, que permite que nuestros ojos la contemplen y nuestros labios besen su tierra sagrada!

A lo lejos, sobrenadando en el oro de la tarde, resplandeciente de azulejos, la Meca se recortaba gloriosamente en el azul, con sus tres formidables ciudadelas, custodias del Islam.

Sus murallas rojas le ceñían la cintura como una faja de púrpura, y en una eminencia se alzaba, rodeada de jardines, la Gran Mezquita con sus siete elegantes minaretes y sus ciento cincuenta cúpulas.

El aire era una embriaguez gloriosa de perfumes, colores y heroismos.

Los peregrinos permanecían inclinados sobre el suelo, en extática adoración.

Aischa sentía en sus labios el amargor agrio de la tierra, húmeda aún por las últimas lluvias primaverales.

Nubes de palomas proyectaban sombras fugitivas sobre los minaretes de las mil Mezquitas y sobre las altas almenas de la alcazaba.

La voz del Muezin se elevó, pura y mística, congregando a los fieles a la oración de tarde:

— No hay más que un sólo Dios. Su profeta es Mahoma...

Otra voz más lejana repitió el mismo canto, y luego otra y otra y otra, y de toda la ciudad, en el silencio místico de la hora, se oían sólo estas palabras síntesis fanática del alma acerba de una raza de sol, de sangre y de dominio:

— No hay más que un solo Dios...

Mientras, en el Oriente se alzaba majestuosa, como bordada en un estandarte guerrero, la media luna de plata.



IX

AISCHA penetró en un fondak de las afueras, en compañía de un viejo siervo, Ibrahím, cuyo turbante verde hablaba de anteriores peregrinaciones.

Sus gentes acamparon en sus propias tiendas alzadas en un huerto de de los arrabales. Aquélla apenas pudo pegar los ojos. ¿Encontraría al Muhadi entre la muchedumbre de peregrinos, innumerables como las arenas del desierto, las ondas del mar y las hojas de los árboles, que habían acudido a la Meca de todas las regiones del Islam? Aconsejada por Ibrahím decidió colocarse en la puerta de la Gran Mezquita para esperar el paso de los fieles y ver si entre ellos divisaba al matador de su esposo. Le seguirían sin separarse de él, hasta encontrar una ocasión propicia para su venganza.

Al amanecer, después de los rezos y abluciones rituales, tomó el camino del templo,

guiada por Ibrahím. Iba vestida con sus mejores galas; y su paso era tan gallardo, su actitud tan arrogante y su rostro tan bello, que al cruzar por entre los palacios que conducen al Supremo Tribunal de Justicia, más de una celosía se describió para contemplarle, y más de un velo dejó ver la alucinación de unos ojos voraces, fijos en los suyos: prometedores de las caricias más ardientes.

Visitó primero la casa donde nacieron Mahoma y su hija Fátima, y luego el sepulcro de Yadicha, la gloriosa y fuerte que con su amor y su entusiasmo hacia el Profeta, allanó los primeros obstáculos que se le presentaron en su camino. Toda la ciudad era un hervidero de gentes. Por las calles, engalanadas con tapices y colchas de los más vistosos tonos cruzaban en largas filas las procesiones.

Todas las puertas se abrían a su paso, y nuevas gentes acudían a visitar los lugares sagrados, entonando versículos de las suras koránicas. Era un mar desbordante de jaiques y jzuhlans flotantes, de armas y de joyas resplandecientes, de turbantes ornados de joyeles y de plumas multicolores...

En los nichos empotrados en las paredes o bajo los arcos de la calle, los santos penitentes permanecían inmóviles, semidesnudos, con los ojos en éxtasis, repasando con sus dedos, lar-

gos y huesosos las cuentas de ámbar de sus rosarios.

Y en el aire matinal flotaba un intenso perfume de rosas recién abiertas, de nardos, de jazmines, de incienso, de sándalo y de benjuí.

El palacio de Justicia, en la cima de una pequeña colina, dejaba ver la elegancia suprema de sus arcos, la riqueza maravillosa de sus puertas de cedro tachonadas de plata y los arabescos fantasmagóricos de sus celosías y ajimeces.

Aischa guiada por Ibrahím, ascendió lentamente por la cuesta ceñida de gruesas murellas y torreones almenados que conduce hasta la Kaaba: «La casa de Dios».

Por las diez y siete puertas de arco penetraba, en un silencio religioso, la multitud. Aischa y su acompañante se encontraron de repente en el inmenso patio, rodeado de cuatro órdenes de columnas de mármol blanco, granito y pórfido, unidas entre sí por bellos arcos de herradura, resplandecientes en sus remates de oro, añil y púrpura, y trabajadas a cincel como joyas.

De los arcos cuelgan innumerables lámparas de plata, perfumadas con los más fragantes óleos del Oriente.

A unos cien pasos de la columnata del Norte está la Kaaba: «La casa de Dios».

Conducen a ella siete preciosas galerías

resplandecientes de azulejos y bordadas como encajes.

El modelo de este templo — dijo Ibrahím— bajó del cielo formado con rayos de luz, a ruegos de Adán, el primer hombre; copia del que dos mil años antes se había construido en la mansión de las Delicias para adoración perpetua de los Arcángeles.

Después del diluvio, nuestro padre Abraham recibió del Señor el encargo de reconstruirlo, y en esta santa labor le ayudó su hijo Ismael. Una puerta inmensa, mirando al Norte, toda chapeada de plata y oro, les detuvo.

La cubría un gran paño de seda negra, en el cual resplandecía, bordada en oro, la profesión de fé koránica:

— No hay más Dios que Dios, y Mahoma su profeta.

Aischa, impulsada por la fuerza irrefrenable de su fé, penetró en el templo.

A la derecha, cerca de la puerta y como a un metro de altura, está empotrada en la pared la célebre piedra negra que, según cuenta una piadosa leyenda, descendió del cielo cuando Adán fué arrojado del Paraíso, y después el arcángel Gabriel se la llevó a Abraham cuando reconstruía el templo.

Es de forma oval y de unos veinte centímetros de diámetro, y en su centro está escrita la fórmula sagrada:

«No hay más Dios que Dios».

En el día del Juicio ella se presentará ante el trono del Altísimo a acusar a todos los que la hubieran besado con labios impuros.

Aischa e Ibrahím se inclinaron reverentes y la besaron con unción.

A su lado se encuentra otra piedra mayor, la que servía de asiento a Abraham mientras reedificaban la Kaaba.

Después oraron largo rato sobre las losas de mármol verde, bajo las cuales esperan la resurrección los restos de Agar y de Ismael.

Traspasaron la balustrada de oro que rodea el pavimento y se encaminaron al célebre pozo del zemzem, cuyo milagroso manantial hizo brotar un arcángel en el trágico momento en que Agar se tapaba el rostro con su manto para no ver morir de sed a su hijo Ismail; y bebieron también, como todos los peregrinos, de sus aguas lechosas y amargas que limpian de todo pecado.

Aischa abandonó aquel día el templo, desesperada de no encontrar al Muhadi. En vano Ibrahím preguntó por él, discretamente, a todos los beduinos que encontraba al paso.

Tristemente descendieron a la ciudad. El sol fulgía en el cenit, y para librarse de sus rayos tomaron el camino de las tiendas de los joyeros y perfumistas, situadas en largas y estrechas callejas entoldadas con linos multico-

lores. A cada lado se abría el arco de un bazar, y en el fondo, el mercader, sentado sobre una esterilla de pita, mostraba sus mercancías.

Ante la tienda de un sabeo, de uno de esos hombres ágiles y cetrinos que se encaraman hasta los altos picachos donde anidan los rocs para arrebatárles las baretas del cinamomo con que fabrican sus nidos, se detuvieron un momento.

Un arrogante mancebo discutía acaloradamente con el vendedor el importe de un tarro de perfumes y el valor de una preciosa gargantilla de perlas de las islas de Awal.

Aischa reconoció al Muhadi y se detuvo.

—Cincuenta dinhares—gritaba el mercader.

— ¡Ladrón! — murmuró el Muhadi — ¡Cincuenta palos te diera si no fuese por la festividad del día! Pero, en fin, ya que no tus razones, me convencen tus mercancías. Y cogiendo un puñado de tierra, añadió:

— Te doy tierra por tierra... y queda hecho el trato.

Llévamelos esta tarde al fondak de Antar, en las cercanías del Palacio de Justicia, y pregunta por Abul Muhadi.

Aischa e Ibrahím se alejaron, y después de avisar a los suyos, se trasladaron a la hospedería indicada por el Muhadi, donde pagaron, a precio de oro, una habitación estrecha y lóbrega.



X

AISCHA no perdió de vista al Muhadi. Como una sombra se arrastraba cautelosamente tras sus pasos, siguiéndole en sus excursiones a través del laberinto de calles de la ciudad.

Una noche en el patio del fondak oyó que el Muhadi decía a uno de sus servidores:

— Id preparando la partida... Arreglad en os cofres los presentes que llevo a Zahara, la favorita de mi corazón.

Partiremos cuando llene la luna.

Aischa se aproximó, y deteniéndose ante la yegua de la cual acababa de descabalar el Muhadi, le dijo a éste, mientras fingía examinar las condiciones del bello y noble animal:

— ¡Buena cabalgadura! ¡Bien se conoce que pastó la hierba seca del desierto! ¡Qué cuello! ¡Qué orejas y qué remos tan finos! Bendeciréis a Dios por haberos dado un animal semejante...